

Noticias del tedio

Pedro Carlos Lemus

Escritor y editor, pedlemus@gmail.com

Estamos viendo televisión. En las noticias hablan de militares en un país que me parece lejano, pues no reconozco su nombre ni sé ubicarlo en el mapa. Realmente no escucho la noticia. Veo las imágenes de los hombres uniformados: caminan entre escombros, sobre una tierra desolada y amarilla, y de inmediato en mi cabeza dejan de existir los hombres y sus uniformes, los escombros y el amarillo, porque vuelvo a concentrarme en el niño que sigue a mi lado. Pienso, hastiado, en tantas tardes de noticias que hemos pasado juntos.

Yo tenía siete años y ya sabía aburrirme de la gente. No sé si eso es algo que uno sabe hacer desde siempre, o si es una habilidad que se perfecciona con los años. Tal vez la habilidad que se encuentra al crecer sea la opuesta: resistirse al aburrimiento, entretenerse con menos; a mí todavía no me ha pasado. Él vivía en el mismo edificio que yo, donde no vivían muchos más niños, y un día, de tanto vernos sin ver a nadie más, se nos ocurrió que debíamos ser mejores amigos. Para él, ser mejores amigos era visitarme en las tardes; para mí, tener a quién mirar cuando me cansaba de hablar solo. Yo sospechaba que en su casa no lo querían y que por eso nunca quería estar allá, aunque él nunca había dicho nada malo de su madre ni de su hermana, con quienes se suponía que vivía y a quienes yo no conocía. En realidad, él nunca había dicho nada, ni malo ni bueno, sobre ellas, así que razón en sospechar que lo habían abandonado y que vivía en ese apartamento solo. Tampoco me invitaba a su casa, y yo podría haberme imaginado que no vivía en el mismo edificio, ni en ningún otro, y que dormía en la calle y aprovechaba las tardes para sentir, durante unas horas, un techo. Pero no fue que no lo quisieran ni que anduviera huérfano ni que no tuviera casa lo que me aburrió de él. Eso incluso podría haberme divertido. El aburrimiento, como todo lo verdadero, no necesita razón.

En las tardes mi madre trabajaba. Yo vivía con ella y nadie más, y mi amigo lo sabía y a lo mejor venía a visitarme porque pensaba que estaba haciéndome un favor. Se imaginaría que a mí tampoco me gustaba estar solo. Yo no recuerdo qué hacíamos juntos antes de que me aburriera, pero debía de ser algo divertido pues él seguía viniendo. El tedio tiene esa virtud: no hay nada antes de él. A lo mejor es un mecanismo de defensa, o de salvación, pues sin el recuerdo de los buenos, inolvidables momentos anteriores es más fácil romper. Fue en ese nuevo tiempo del aburrimiento cuando se me ocurrió poner en canal de noticias cada vez que él llegaba. Yo creía que si fingía interés en las noticias, y no en él, se cansaría y dejaría de visitarme. Además, le habría parecido que era él quien se aburría y quien tenía la idea de no volver, sin que yo lo echara. Tal vez cuando dejara de visitarme él llegaría a sentir tanta culpa (pues yo había sido un buen mejor amigo, no diría que uno increíble, pero al menos lo había recibido muchas tardes en mi casa) que no sería capaz ni de mirarme a la cara de nuevo. Yo anhelaba no volver a ver esa cara.

Veíamos programas sobre la economía mundial, reportes del clima de ciudades lejanas y paneles de expertos que comentaban las decisiones de los gobiernos de otros países. Rara vez se mencionaba el país donde nosotros vivíamos, y a mí me parecía que era una ventaja que el canal estuviera dedicado a informar sobre el mundo entero, y no sobre nuestro país solamente, porque imaginaba que lo extraño resultaría menos interesante para él. No se me ocurría que alguien pudiera estar interesado en las noticias y menos en las que informaban sobre lugares con los que nada teníamos que ver; no a mi edad, que era la misma que él tenía. Pero él sí parecía interesado, y comentaba lo que decían los presentadores en la televisión. Si hablaban del precio del dólar, él me contaba, ilusionado y empalagoso, que su sueño

era conocer los Estados Unidos. Si informaban sobre los militares que invadían un país, él se lamentaba por las guerras, las de todo el mundo, y de paso, y a veces con la voz entrecortada, por la guerra en Colombia. Y si nos decían el clima de Estambul, él describía cómo se habría vestido si estuviera allá. Después me preguntaba cómo me habría vestido yo, y yo permanecía en silencio, sin saber qué ropa me habría puesto ni dónde quedaba Estambul, y fingía más interés en la noticia, como absorbido por el televisor. Me amargaba por el fracaso de mi plan y, además, envidiaba su curiosidad. Las noticias hablaban de un mundo desconocido que yo no quería conocer. Yo, sobre todo, quería volver a estar solo.

Una tarde no llegó a visitarme. Yo estaba listo para poner el canal de noticias, pero el timbre no sonó. Pasó la hora acostumbrada y entonces no supe qué hacer con el nuevo tiempo libre, ni recordé para qué había querido estar solo antes. Puse el canal, no porque hubieran empezado a interesarme las noticias sino por compromiso con el plan. Si él llegaba, yo quería haber sufrido el aburrimiento desde antes para recibirlo aburridísimo. Quería autenticidad en mi farsa. Esa tarde miré las noticias solo y no me alegré al suponer que él no volvería más. Seguían los militares en un país lejano, o en otro, daba igual, y habría podido pensar que el tiempo era una mentira si no hubiera sido porque él ya no estaba a mi lado.

Tardes pasaron sin mi amigo. Yo me asomaba en el angosto balcón que daba hacia la calle, pero no veía ni rastro. Tal vez era cierto que tenía una madre y una hermana, y habían, por fin, empezado a quererlo. O tal vez lo habían secuestrado. Quizá se había cambiado de cuadra.

Supe después que él dedicó esas tardes a tratar de salir en la televisión. A mi lado, había descubierto una vocación: supo que quería presentar las noticias. Entonces iba todas las tardes a las oficinas de Telecaribe, un canal regional, y allí esperaba a que alguien saliera para decirle que quería trabajar con ellos. No pensaba esperar a ser grande: decía que él quería ser un niño que presentaba las noticias. Una periodista, que trabajaba allí y escribía también para el periódico local, lo vio varias veces y decidió escribir un perfil sobre él, impresionada, imagino, con su insistencia. A lo mejor habrá preferido usar en su texto la palabra “perseverancia”; yo preferí no leerlo.

Mi amigo comenzó a ser conocido, sin ni siquiera haber comenzado a presentar, como El Niño Presentador. Hasta mi balcón llegaba el rumor emocionado de los vecinos, que tampoco habían leído el perfil, pues les había parecido demasiado largo, pero vieron la foto del niño en la prensa y eso fue motivo suficiente de celebración. Competían al decir quién lo había visto desde bebé, quién lo cargó, quién jugó con él cuando era más niño. Comparaban el instante en que cada uno había visto su potencial de estrella. Resultó que sí tenía madre y hermana, y también ellas celebraron en plena calle, en una fiesta a la que asistió el barrio entero, y dijeron que había sido idea de ellas que el niño fuera todas las tardes al canal. Hasta mi madre se sumó una vez al coro de “¡Si lo vimos crecer!”, y en la casa me habló de lo feliz que debía de estar yo por mi amigo. El productor del canal finalmente decidió darle una oportunidad, y le propuso hacer en el noticiero diario un segmento en que él entrevistaría a celebridades. Pero en la ciudad no había tantas celebridades, y pronto tuvieron que recurrir a personas que, sin ser célebres, el productor consideraba interesantes, lo que quería decir que eran amigos o familiares de él. El segmento se hacía cada vez más popular y se comentaba en todos lados el carisma del niño, que lograba que los espectadores quisieran escuchar las respuestas de personas desconocidas. Algunos vecinos incluso aplaudían cuando se acababa la emisión.

Yo no entendía que aquel que iba a mi casa cada tarde, aquel al que ignoré tan decididamente, con tanta pasión, de repente saliera en el televisor y la gente esperara para verlo: para ver esa cara que yo había despreciado, que había anhelado no volver a ver. Se me ocurría, sin ver el programa, que lo que les gustaba a los espectadores, más que la labor del niño, era escuchar a los invitados, pues les daba la ilusión de que también ellos tenían algo para decir, que lo único que les hacía falta era el micrófono. “Si a mí me invitaran, no te imaginas las cosas que diría”, escuchaba decir a cualquiera, y con el tiempo los invitados se hicieron más difíciles de encontrar, así que al final decidieron que cualquiera podía entrevistarse.

Pasaron el tiempo y muchas entrevistas. Ya me acostumbraba a pasar las tardes sin él, y una tarde lo vi en el televisor mientras pasaba canales. En el edificio seguían comentado con gran orgullo su éxito, y algunos vecinos, a pesar de los meses que habían pasado, seguían aplaudiendo

al final del segmento. Esa tarde lo vi radiante, complacido en un día más de trabajo. Yo estaba solo, como había querido estar, e insatisfecho, y al verlo no extrañé el canal de las noticias ni lo extrañé a él; solo pensé en que me habría gustado estar con alguien que lo viera conmigo, alguien a quien yo no quisiera aburrir y entonces le contara sobre aquella vez que traté de aburrir a alguien poniéndole las noticias cada tarde. En el clímax de mi historia, revelaría que se trataba de ese niño que estábamos viendo y que gracias a mi plan él había querido salir en televisión. Con suerte él acabaría la entrevista cuando yo terminara mi historia, y sería como si yo recibiera los aplausos, de tan buena que había sido mi manera de contar. Pero no hubo a quién contárselo, y después de mirarlo un minuto entrevistar a cualquiera, volvió a aburrirme y apagué el televisor. ■



Carlos Motta / We The Enemy, 2019
Group of bronze sculptures, on iron and concrete plinths
13 x 13 x 155 cm / 5 x 5 x 61" each Cortesia Mor Charpentier, Bogotá/Paris